

PRESENTACION

Como es cierto que de lo que rebosa el corazón habla la boca, no tengo más remedio que comenzar mi Pregón con unas palabras de gratitud hacia aquellas personas que me han prestado su apoyo y su ayuda generosa.

Así, agradezco a los miembros de la Junta de Gobierno de la Hermandad que pensaran en mí para este Pregón, aun sabiendo que soy persona poco conocida en el ámbito rociero. Sé que arriesgan críticas y, por eso, desde el primer momento en que empecé a escribir, lo hice con el afán de que su confianza no quede defraudada.

Igualmente, debo reconocer públicamente los consejos que me han ofrecido Felipe Morenés, Ignacio Muñoz, José Luis Lorente y, especialmente, Carmelo Espinar, que ostenta el cargo administrativo de guarda de Doñana y el título eminente de hijo, nieto y biznieto de Guardas de Doñana. En una mañana –mañana de viento desapacible - me enseñó cosas del coto que desconoce gente que lleva muchos años fatigando sus Rayas.

Gracias también a Juan José Vega, Flauta de la Banda Municipal de Música de Jerez, por su ayuda en el día de hoy. Tenía que buscar un modo de hilvanar cada una de las partes del Pregón y, como no encontraba las palabras adecuadas, él me ha ofrecido el eslabón precioso de la música.

Y esta relación debe concluir necesariamente con un agradecimiento a Vds., público de esta Gran Bodega de “La Concha” - que se levantó para rendir homenaje a una reina terrenal y que cada año, sigue cumpliendo con lo mismo, enalteciendo a la Reina del Cielo -, por acompañarme en este acto.

Pero permítanme que, abusando de su generosidad, les formule un ruego : por el estilo literario que he elegido para escribir el Pregón me parece que el silencio resulta para el texto más enriquecedor que el aplauso. Es posible, sin embargo, que alguien - movido más por el afecto que me profesa, que por el mérito de lo que digo - quiera refrendar un pensamiento o una frase con palmas. Yo le ruego que las omita, porque la ovación a una idea puede ahogar la siguiente, tal vez más valiosa y más profunda. El mejor aliento que hoy puedo recibir de Vds. es la intimidad del silencio.

Quiero concluir esta presentación diciendo que este pregón del Rocío que voy a pronunciar está dedicado a Vds., rocieros jerezanos, porque en nombre de Vds. hablo. Pero les ruego que me permitan que lo ofrezca de modo especial a Carmen Vergara Fernández de Bobadilla, mi suegra, que, impaciente de la Virgen, peregrinó hace poco para encontrarse con Ella en el Cielo.

Su muerte nos ha dejado a todos los que la tratamos y la quisimos un vacío al que no se acostumbra la tristeza. Julio Mariscal pudo rebelarse, airado, contra la muerte :

“¿Y es posible, Señor? ¿Y es que merecen
cuatro palmos de malpagada tierra
tanta sangre triunfante, tanta sangre?”

Sin embargo, a nosotros nos sigue faltando aliento hasta para quejarnos al Cielo. Quizás sea porque intuimos que la cruz de luto que hemos levantado sobre nuestro dolor no la derribará la furia, sino el tiempo... ¿Pero cuánto tiempo?.

PRIMERA JORNADA DE CAMINO : LAS VIÑAS Y EL RIO

Una mañana Jerez despierta con un olor a miel templada. Sube al cielo, que ya da claror de alba, un estruendo de gente componiéndose y alentándose y una tibieza de establos removidos. Al rato, las calles trepidan de cascos, relinchos y voces humanas y todo es un hervor de gozo. Sólo las palomas se arrullan, desoladas, al advertir que, aunque está su nombre en la boca de todos, no es para ellas esa fiesta que hace con los corazones lo que abril con los almendros. Nada más que las palomas, porque hasta las palmeras de la Alameda de Cristina participan del alborozo, empujándose la alegría hacia adentro.

Todavía no se han asentado las golondrinas tristes del vuelo que iniciaron al sentir el júbilo de las campanas de Santo Domingo, cuando la procesión inicia la marcha.

Los romeros andan despacio, parándose a cada momento. Hay un rebullicio del hablar de muchos, pero se escucha una voz y todos callan. Es una voz caliente que da más pureza a la mansedumbre del aire. Recita lo que una memoria antigua le dicta : “Bendita sea tu pureza, y eternamente lo sea”... Pero, al poco, se le quiebra la inercia de las palabras y empiezan a gotear glorias de su boca, con un eco roto y estremecido :

Rocío de la campiña,
de pámpanos coronada;
pálido lirio de cal
y manantial de agua clara.

Los que están junto a la voz escarban dentro de ella, impulsando a su corazón a seguirla, pero nadie habla. Las gargantas, conmovidas de lo que oyen, guardan un silencio recogido, como de noche murada.

Y así sigue la procesión, llenando las calles de Jerez de un abrigo de familia andariega. Poco a poco, conforme se acerca a la Capilla del Calvario, van llegando olores de abundancia y el aire queda traspasado de una claridad verde.

La romería llega a la campiña. La carretera deslía sobre ella su cinta serena. Viendo aquel paisaje cuarteado por las finas líneas grises del asfalto y las quejumbres de hierro de los motores, uno se queda pensando que,

ciertamente, la carretera no es camino, sino la medida del camino. Antes, los pueblos se unían por coladas, trochas o veredas abiertas sólo para que los campesinos regresaran a sus casas. A nadie importaba la longitud de un camino, sino dónde llevaba. La carretera regaló tiempo y comodidad al hombre, pero le robó al campo el concepto de silencio, de clausura y de pureza que tenía.

Fascinados los ojos por aquella belleza de viñas tiernas, mieses granadas y ribazos floridos, uno siente que pisa una tierra bendita del Señor y se engloria contemplando las viñas florecidas. Todo es un tierno verdor, movido mansamente por el viento y, de entre las cepas, se escapa un olor de intimidad y de fruto haciéndose.

Las viñas se unen, unas a otras, en un silencio tan hondo que se oye respirar al paisaje. El olor de la flor de la vid va dando lametones húmedos, mojándolo todo de un presagio de virtud : la virtud honda, incontenible y tenaz del vino de Jerez. Se percibe que a la tierra se le desborda el corazón al sentirse encinta de la alegría del hombre y que la boca se le hace agua, sabiendo que ya falta menos para volver a sentir sobre la blancura de su piel la sangre de la uva derramada por la fuerza de los *pisadores*, en los lagares de septiembre.

En bendecir a Dios por tanta belleza regalada y en cantar las glorias de su Madre, se va el tiempo. Refulgen con el sol el tendal y las guirnaldas prendidas sobre los adrales de las carretas. Anda la procesión a paso muy lento, agotando nombres de viñas : *Cartera, San José, La Salud, La Constancia, Los Cedros, Los Monos, Viña Verde, Santa Bárbara, San José, San Emilio, La Palma, El Barrosillo...*

Al fin, la caravana se para. Los romeros descansan, rezan el Angelus y beben vino. El cuerpo se va reconfortando con esa dulzura encendida que se desliza por la garganta y la bebida se hace evangélica : recuerda a aquel *vinum langidum*, el “vino de la misericordia”, que menciona el libro de los Proverbios y que ofrecieron a Cristo las mujeres cuando atravesaba – también, como los peregrinos, derrengado - las calles de Jerusalén con su cruz a cuestas.

Doblada la mañana, las carretas inician la marcha. El camino nombra las tierras que va cruzando : *Santa Clotilde, Cortijo Nuevo, La Ventosilla...*

Ya los caballos han empezado a escupir la espuma de sus frenos cuando la procesión vuelve al descanso. Llega el momento de las dulces

rendiciones y la comida se comparte de carreta en carreta, de coche en coche, de mano en mano...

Ha transcurrido un rato y la luz cambia. Llega la lumbre gloriosa del mar hinchando el aire y calando su color en las besanas. El Hermano Mayor da una voz y todos recogen e inician la marcha.

Pasa el tiempo fatigosamente para los que andan y, de pronto, se oye un *siu-siu*. Un peregrino levanta la cabeza y descubre a un paje del cielo vestido de verde, rojo y turquesa que dibuja, delirante de luz, garabatos en lo claro. Como los vencejos son pájaros de casa y tapial, los romeros saben que ya están ahí Sanlúcar y el río.

Enseguida aparecen las primeras casas y, después, un vaho y un ruido de gente apretada en las calles. Todo son palabras de júbilo y de bendiciones a la Madre de Dios. Una mujer que se apoya en un bastón rugoso coronado con una mata de romero, grita con voz cansada : “*¡Viva la Madre de Dios. Viva la Virgen del Rocío!*”; y los que ocupan las aceras contestan todos “*¡Viva!*” con una voz encendida y ronca de ternura, porque en este tiempo, en Sanlúcar, hasta a los pájaros se les cae del pico, en cuanto lo abren, el nombre “*Rocío*”.

Así se camina por la calles, con delicias de fresquera, de Sanlúcar : sintiendo cada peregrino los latidos del pecho y los pulsos del que camina a su lado y oliendo cada vez más intensamente a puerto y a distancia. Al fin, la luz se abre del todo y aparece el río enorme, azul y luminoso, como si copiara el cielo.

Los caballos, sofocados de calor, se meten en el agua y dan relinchos de miedo al ver ceñidas a sus patas ajorcas vivas de claridad. Las lanchas se llenan de carretas, de coches, de hombres y de bestias. Sobre ellas, vuelan los patos reales, gordos y cabeceando, como viejos canónigos cruzando el atrio de una iglesia transparente. Suena fuerte el viento, como un coro de profetas angustiados.

Al fin, se llega a *Malandar*, donde el agua es somera, sin ruido y apenas estremecida. Se repite, a la inversa, la maniobra y las barcazas empiezan a vaciarse. Trepita la arena de roces y se esparce el olor de los animales.

Empieza ya a encenderse la fragua del ocaso y los árboles se dibujan contra el cielo con un contorno de fuego. Ya está ahí el Coto y no hay corazón que no se meza en la alegría.

La procesión se recompone y se pierde, adentrándose por los claustros del silencio. Todo se llena del coloquio callado de las arboledas, los verdegales, las flores, los caminos limpios y amenos... Se reza pausadamente junto al Simpecado. Queda la noche temblorosa y entregada en *Marismilla*. Descansa el aire y un autillo da las buenas noches a los romeros con su grito de lástima.

SEGUNDA JORNADA DE CAMINO : LA SANTA MISA Y LOS SITIOS DEL COTO

La mañana, aún niña, juega a atrapar mariposas de sol y, al poco, el coto entero se ilumina de una celeste paciencia. La arboleda huele caliente, la tierra está resbaladiza y mullida y la maleza tierna.

El silencio se sobrealta con una melodía delicada y cálida, como de raso malva. Cumplida su faena, el pitero se encamina hacia el llano desnudo, herido de rodales, que se extiende delante de la casona de *Marismilla*. Lo siguen grupos de romeros caminando lentamente, oyéndose los pasos.

El páramo, asceta y callado, rebosa ya de gente. El aire se mece en un misticismo lírico cuando se repite el momento en que a Jesús se le rompió la voz de pena y tuvo que alentarse a sí mismo para poder decir a sus discípulos : *“Tengo que dejaros, pero quedaré conmemorado para siempre entre vosotros. Esta es mi carne y esta es mi sangre...”*.

Todo se hace tal como lo hizo el Maestro, sólo que, en lugar de las palmas doradas de Bethania o los olivos inflamados de plata de Getsemaní, perfuman el lugar lentiscos, tarajes, mirtos arrayán y romero. Eleva el sacerdote las manos al cielo y el vino tiembla dentro del cáliz, gozoso y penetrado de claridades; a veces, tiene color dorado, y a veces, el del azul de la mañana. Al fin, lo ofrece y los rocieros se acercan a beberlo con el ansia con que apuran los trigos el agua que se le escapa a mayo.

Inicia la procesión el camino. Los mulos que cargan el Simpecado andan despacio - las patas todavía entumecidas por la humedad de la noche - por las arenas claras. El carretero los azuza por costumbre, pero ellos no necesitan ser avivados, porque el sino de su especie es obedecer y perseverar en el surco, en la besana o en el camino. Vuelven sus ojos grandes de lumbre negra hacia el Alcalde de Carretas y siguen la marcha. El mazo de las crines de sus colas rebrilla de anca en anca.

Dicen que los mulos son tozudos, pero quienes los manejan conocen que su terquedad se rinde ante el más leve gesto de la mano de quien sabe. Tienen fama de ariscos, pero pocas cosas llenan de más emoción a sus dueños que sentir su cabeza sobre el hombro, vencido por el peso de ese fruto enorme de ternura... No lo sé, pero quizás Dios dijo

“mulo” sólo por el gozo de nombrar la docilidad, la fuerza y el no cansancio.

Enseguida, se alcanzan el *Navazo de la Madroña* y la *Laguna del Carrizal*... ¡Los topónimos de Doñana!. No hay onomástico de tierras como el suyo. En otros lugares habrá nombres más famosos, más propicios para ser pronunciados en todas las lenguas, pero como a la gente del Coto nunca le importaron ni las batallas célebres ni las querellas ilustres, buscó para sus sitios los nombres de las cosas cotidianas : las peripecias de los hombres, el temblor del agua, la ciencia del polen, la migración de los pájaros o el secreto impalpable de los vientos.

Me los nombraba Carmelo Espinar, el guarda. Trazaba en el aire unos límites imaginarios y anunciaba : esto, el *Navazo de las Pajas*; eso, el *Rincón del Membrillo*; aquello de más allá, el *Corral de la Marta*; y lo del fondo, el *Cerro de Las Rayas*. Decía los nombres despaciosamente, como si al pronunciarlos se rozara con aquellos que los inventaron; y se percibía que se emocionaba al repetir la misma palabra que dijeron sus padres, sus abuelos, sus bisabuelos y todos los de su sangre. Decir *El Rincón de Ordóñez*, el de *Guerrero* o el *Corral de Félix* es para Carmelo rescatar del tiempo las voces profundas de aquellos antepasados suyos que diseminaron su vida por el Coto, bajo otras lunas y otros vientos.

Por eso, se le endulzaba la boca cuando me desvelaba las razones de los nombres :

- El Corral de la Marta es por una parienta de la familia que se llamaba así. Como jineteaba mejor que montaba, el caballo la tiró y ahí quedaron unidos para siempre su nombre y su batacazo. Y el Cortafuego del Zar, lo mismo. Un día, el Duque de Tarifa invitó a cazar al Gran Duque Wladimiro, de Rusia. El caso es que al ir a alancear a un jabato se cayó del caballo. Enseguida, uno de los gañanes se llegó hasta el puesto del dueño para dar el parte : ¡Don Bardomero, Señor Duque, Don Bardomero. Que lo ha tirao el caballo y se ha dao tal jardazo, que pa mí que se la ío la cadera a jase puñeta!”. Como estaba claro que llamarle al sitio Wladimiro iba a terminar en Baldomero o en otra cosa peor, lo que se hizo fue darle más mando al ruso y llamar al cortafuego de su mala pata : “del Zar”.

Y seguía Carmelo con sus explicaciones :

- El Fajinado, es donde se apilaban las fajinas para hacer carbón; y el Cerro de las Rayas, se llama así porque, el viento de Poniente llena de pliegues finitos, como rayas, las arenas; y la Cuesta de la Leche porque, cuando se levantaba la piña, había aquí un tractorista nada más que regular que, con la carga del remolque, se quedaba siempre atascado y no paraba de decir : ¡No tiene mala leche ni ná, la cuesta esta!.

Después está el Cerro del Trigo, que le dicen así porque a un trabajador se le rompió en él el saco de trigo que transportaba, y cuando vino a darse cuenta había esparcido granos por medio Coto; y el Cerro de los Ánsares, porque sobre él se reposan los patos, hartos de castañuelas, para atiborrarse de arena, que es buenísima para digerirlas.

Un poco más allá, la Chozza de Balduino, que levantaron cuando el Rey de Bélgica vino a tirar ánsares, por si el mal tiempo obligaba a tener que buscarle abrigo; y - pasados el Corral de Félix y el Cancelín - el Corral de las Citas, donde los Guardas Mayores de las dos propiedades se reunían para contarse sus cosas. Y ya casi en La Canaliega, el Aljibe del Lobo, que en realidad debería llamarse de la loba, la última que se mató en Doñana, allá por el cincuenta y poco.

Lo de Carbonera no te lo cuento porque eso es cosa de la gente de Jerez, que aquí, de toda la vida de Dios, se le dijo Cerro del Trigo. Lo que pasa es que, como en ese sitio se acopiaban antiguamente los sacos de carbón que se traían de los boliches del Fajinado, estaba el suelo siempre lleno de mijitas negruzcas, y por eso le pusieron el nombre... Y Manecorro, tres cuartos de lo mismo : los de aquí le dijimos, de siempre, La Canaliega.

Y porque teníamos que volver, que si no, él hubiera seguido contando cosas y yo escuchándolo, embobado. La gente del Coto no se pierde por explicar a los extraños - aunque sea gente muy instruida o nombrada - las leyendas que están detrás de los nombres de cada una de sus tierras. Por eso, hay multitud de obras que agotan el estudio de su flora, de su fauna, de su geología y de sus vientos, pero no conozco ninguna dedicada a sus topónimos. Yo creo que hacen bien siendo tan callados con sus cosas : es verdad que si sus sitios se llamaran con nombres gloriosos o celebrados tendrían fama y todo el mundo conocería sus razones, pero también es cierto que entonces se convertirían en un bien común, es decir,

ajeno a ellos, los de Doñana, que son quienes los crearon para que sus palabras siguieran siempre vivas en las gargantas de los suyos.

Discurre la procesión lenta, apretada y ruidosa : las carretas, por la Raya y los caballistas, buscando las sombras que los pinos llueven sobre las almantas. Revientan los gamones de oro, los lirios morados, las escabiosas de matiz de fresa, los ranúnculos de púrpura...

Cansadamente, se va deshilando el día. Cuando ya la luz empieza a sentirse cansada de regalarse al mundo, cruzan el cielo los pájaros, que vuelven a la querencia de la dormida. Un lucio de aguas tranquilas, parece cielo ensangrentado caído en las arenas. Depone definitivamente sus armas el sol. El mundo, al fin, se apaga y se rompe el gozo de mirar el paisaje.

Todos dicen *Carbonera*, y en la negritud de ese nombre se enreda la noche. Las estrellas se asoman al firmamento y rezan con los romeros el Rosario. Las devociones tejen con las sombras un ámbito de convento.

El suelo se va enrojando bajo la luz de las candelas, casi hechas ya brasas. Parecen asustadas de profanar la oscuridad, porque se consumen temblando. Su humo, sin embargo, vaho del corazón cortado de la tierra, se eleva sobre los árboles, acariciando con sus dedos impalpables a la noche dormida.

TERCERA JORNADA DE CAMINO : EL ANGELUS Y LAS RAYAS DEL COTO

La mañana parece una campesina hacendosa, recogiendo a toda prisa una cosecha de esplendores. Las sombras se van disipando, lánguidas. El pitero escarnece con su látigo de terciopelo la carne del silencio, haciendo que todo suene : suenan los hombres, suenan las bestias, suena la luz, suena el color, suenan las formas...

La procesión sigue su marcha. Vuelan los milanos sobre los romeros, bordando heridas de aire en la seda de la luz. El sol se ha ido alentando, poco a poco, a sí mismo y ahora sopla sobre el mundo la plenitud de su hálito de fuego.

Se llega al *Cerro de los Ánsares*. Resplandece de nácar el suelo como si luchara la magnolia contra la nieve. El paisaje es redondo, perfilado igual que un cuerpo opulento rendido al sol. En su duna más alta, la arena y el cielo se rozan con una inocencia de hermanos y, de polo a polo –a la derecha, la marisma y a la izquierda, el mar -, el cerro balancea su blancura.

El paso de las carretas ha perfumado el aire con el olor de los barrones, las artemisas, los zízifus y los juncos; las camarinas exhiben impúdicas sus raíces, que parecen cuerdas retorcidas y las riparias suben de sus racimos, como pechos de madre, al amor de los pinos.

Descansa la procesión para conmemorar el momento en que Gabriel le dijo a Myriam : “*Un día, los llantos que no has derramado llorarán por ti*”. Se reza y se canta. El paisaje entero se llena de voces encendidas, como de hierro derretido en la fragua del pecho.

La música va recorriendo aquella ciudadela de arena humeante con un vago temblor. Canta las glorias de la Reina de las Vírgenes y se siente la dulzura de las gargantas, su regocijo íntimo, su emoción inmensa...

El cante dedicado a la Virgen del Rocío se siente más en el silencio que en la fiesta, por eso en el *Cerro de los Ánsares* suena con unos matices de espiritualidad que no se perciben en otro sitio : el paisaje se hace iglesia inmensa, desnuda y viva; las notas no tienen bóveda que las retenga y se elevan por encima de los árboles, de las nubes y del firmamento hasta dormirse en los oídos benditos de la Estrella de la Mañana.

Las carretas, los coches, las bestias y los hombres agotan la Raya, áspera y extenuante... ¡Las Rayas del Coto!. Sendas humildes hechas con pasos ajenos. Los pies de los peregrinos obedecen a esas viejas pisadas de los romeros antiguos y, a la vez, afirman el camino para otros que vendrán algún día a transitarlas. Así, las Rayas del Camino constatan, como pocas cosas, el sino del hombre : seguir y crear.

Esforzadamente, la procesión va fatigando el resto del camino : el *Corral de Félix*; *El Cancelín*; el *Corral de la Cita*; el *Rincón de Guerrero*; la *Laguna del Caballero* y a su derecha, la *del Sopetón*; *El Puntal*; *el Caño del Peral*; *el Palacio*; *Las Pajareras*; la *Raya de las Perdices*; *La Algaida*; *el Algibe del Lobo*...

Ha ido devorándose a sí mismo el día. Se vuelve el paisaje como de estaño fundido y el coto se sumerge en el recogimiento tierno de la flor del ocaso.

Se llega al sitio del *Aguaperal* y todo se llena de la quietud de lo pacífico, de la solemnidad de lo trascendente, de la ternura de lo íntimo, de lo aplanador de lo inmenso y de la religiosidad de lo verdadero. Se reza el Rosario. El campo parece un templo de agricultura perfumada.

Las cuentas desgranán lentamente los Misterios Dolorosos. Después, las Letanías de la Virgen se van posando, como pájaros místicos, sobre las ramas de los árboles. Cuando se escucha "*Causa de Nuestra Alegría*", muchos hacen cuentas, preguntándose cuántas impaciencias les quedan aún por agotar hasta llegar adonde está la Rosa Mística del jardín de Almonte.

Entre rezos y bendiciones se desvanece el día. Todo calla, como a la fuerza y la noche comienza a tocar su canción desfallecida de raso negro. Los romeros se acuestan, como se acuestan siempre los hombres : con el anhelo de que el sueño convenga a la vida para que deponga sus espinas.

CUARTA JORNADA DE CAMINO : LAS FLORES ANONIMAS Y **LA PRESENTACIÓN DE LA HERMANDAD**

La mañana amanece recogida de luz. El camino, húmedo de la noche, está tierno y pálido, como carne de membrillo.

Al poco, el tiempo se riza y el viento frustra el silencio del paisaje. Golpea como si quisiera apremiar a todos a la partida, y lo hace con tal insistencia, atosigando tanto, que cualquiera podría preguntarse : “¿*Creerán los vientos que son más que un soplo galopando la atmósfera. Sabrán adónde llevan?*”.

También los hombres se contagian de la inquietud del viento. La experiencia dice que en el Camino los avíos deben recogerse despacio, para que ninguno quede olvidado; pero cada año es igual : al llegar la última jornada, antes de alcanzar la Aldea, todo se llena de tanta impaciencia que hasta el sosiego tiene prisa.

La marcha discurre con más viveza que en otros días. Al fin, alguien dice : *La Canaliega* y las mulas que arrastran el Simpecado agitan sus belfos suaves, como si supieran que esa hora les está dedicada a ellas.

Al Simpecado le toca estrenar aromas. La Camarera de Camino sube a la carreta para deshojarla de las flores estigmatizadas por el calor y el viento y las campanillas sueltan una risa de plata. Trajina con esmero, meticulosamente. El olor de los pétalos intactos le llena de dulzuras la garganta. Imagina la entrada en la Aldea : las mulas lustrosas, como ungidadas de sol, y la carreta como un lentisco de plata prendido de abejorros de seda temblorosa. Esas flores que coloca empiezan a cumplir así su destino : como los pájaros nacen para la vida, las flores nacen para el sueño.

- *¿Qué flores has puesto, Camarera?*
- *Lirios morados, gerveras, cardos y margaritas.*
- *¿De dónde han venido?*
- *Las trae Antonio, el de Chipiona; que a la Virgen le gustan, sobre todo, las promesas perfumadas.*

Se las ve hermosísimas y llenas de una fragancia dulce : dichosa la flor que nace lirio, margarita, cardo o gervera y tiene luz de mora, de nieve, de cántaro o de plata en su vestido.

¿Pero has mirado a tu alrededor, Camarera?. Mira el suelo. Está lleno de estrellas vivas de colores que tiemblan con el viento, pero nadie se ha fijado en ellas. Son las flores anónimas. Esas que lo inundan todo con su color y su nombre clandestino. Sólo sabemos de ellas su lozanía y su querencia por lindes y veras, donde no llegan la carreta, el tractor o el todoterreno, pero desconocemos cómo se llaman. La gente del Coto las nombra (abulagas, cantuesos, almoradux, sabinas, torviscas, jaguarzos...) y nosotros, los de ciudad, nos quedamos asombrados con ese santoral de la modestia.

Estas flores de nombres furtivos, se pierden, como las monjas, por la humildad. Buscan lecho en lo más pobre, incluso en las fisuras y gravillas del roquedo, haciendo del aire, con su olor, una cañada de hermosura.

En su humildad, sin embargo, llevan también su desgracia, porque no saber cómo se llaman quita a los romeros apego y ninguno se lamenta si una de esas flores desconocidas es tronchada por el pie, el caballo o la rueda.

Las flores que acabas de colocar, Camarera, adornan el Simpecado, destilando orgullo al saberse cumplidoras del destino para el que brotaron. Las flores anónimas, en cambio, no saben que su esencia es la pálida belleza; como el barro desconoce que es sólo un temblor que fragua en cántaro, ellas ignoran que son simplemente un regalo que Dios hizo a Doñana para que presumiera ante el resto de las tierras.

El año que viene - María Isabel, Antonio - desechad las flores soberbias y llenad el Simpecado sólo con las lágrimas humildes de fragancia que ha derramado la Virgen sobre el suelo.

Traspasados definitivamente los humedales, las arenas, la arboleda, la mañana y las impacencias, se divisa la Aldea, al fondo. Sus casas resplandecen como si les brillaran estanques en las paredes. Están coronadas de guirnaldas, gorriones y palmas, y por sus calles corre el júbilo del sol.

Los caballos, al sentir la alegría súbita de sus amos, relinchan y golpean el suelo con sus cascos, amansando la tierra. Si hubiera por allí algo de calma, cabría en el cristal de una gota de agua.

Al fin, se entra en la Aldea y se lleva a las bestias hasta los abrevaderos. Beben ansiosas, estirando mucho el cuello. Rebrincan las crías junto a las ancas de las madres y ladran a lo lejos los perros villanos. Todos se abrazan y los gritos y saludos tienen una alegría de sueño logrado.

La procesión se compone para pasar por delante de la ermita y anunciar a la Virgen lo que Ella ya conoce. Mientras se va acercando, no hay nadie de entre los que desfilan a quien no le suba a la cara un vaho caliente que viene desde lo más cálido del pecho.

Al poco, se llega al llano de la ermita, que huele a blanco, como si estuviera empapado de la pureza que guarda el Santuario. El Hermano Mayor va a la cabeza, a caballo. Orgulloso de lo que manda, lleva la frente muy alzada. Al socaire de su frente, la devoción y en su devoción, la mañana.

Al pasar por la puerta del santuario el Simpecado más antiguo regala a todos una acogida de íntima hermandad. No hay nadie a quien el llanto no se le esté quemando por dentro. Las lágrimas suben, desbocadas, irrefrenables, desde lo más profundo del pecho. Hay quien intenta reprimirlas por pudor, pero no puede, porque hay lágrimas hechas para la cara y hasta la cara llegan siempre, aunque intentemos cortarles la querencia con pañuelos.

Cuando la procesión se rompe llega el momento tan esperado de ver a la Dulce de Toda Dulzura, de decirle :

- Aquí me tienes, Rocío. ¡Ay, si pudiera vivir siempre aquí a tu lado!. Mi dicha sería eterna porque sólo contigo se puede vivir, sintiéndose vivido. Quisiera quedarme encerrado para siempre entre las lindes de tu sonrisa, apuñálarne de tus ojos y clavármelos en la sangre para que quede mi corazón herido eternamente de tu mirada.

Y así discurre el día, entre la emoción de las visitas a la Virgen y la alegría de las visitas a los amigos, que también Cristo los tuvo y se regocijó con ellos, porque tenía un corazón alegre y los corazones alegres no paran de mecerse en la música y en la risa.

Pasan las horas y el sol vivo se va empurpurando en el agua, en los árboles y en las casas. Al poco, el llano de la ermita alcanza una claridad de patio iluminado por una luna de limón. El Rocío, de noche, tiene el fulgor de una espada inmensa, desnuda, plana y limpia, y relumbra como almenara

de la Virgen. No hay portal sin luz encendida, ni casa en la que no humee, crepitando, una lámpara de lumbre amarilla y flaca, bajo la imagen santa de la Reina del Cielo.

El sueño se esfuerza en glosar los dones de la noche, pero nadie le hace caso y se queda solo, perdido, como el agua sombría en sus negros corredores.

DOMINGO Y LUNES DE PENTECOSTES

Una claridad suave apuñala a la noche, hiriéndola de muerte. Enseguida, la mañana victoriosa se hace estanque vivo de lumbre y cae el sol sobre los tejados de la Aldea, sollozando de azul.

Bandadas de palomas comienzan a lanzarse a la aventura de los campos; se arrullan en los eucaliptos tórtolas atormentadas; las golondrinas abandonan, alborotándolo todo, sus nidos de arcilla tierna y carnosa; empiezan a ensayar su canción de aserradero los insectos músicos; el viento se hace arco de viola contra los árboles; y desde los huertos y los jardines contiguos llegan olores de fruta caliente.

Nadie en la Aldea se alarma, sin embargo, porque el aire esté redundado de vuelos, trinos, zumbidos y aromas, porque es domingo de Rocío y todos saben que los domingos de Rocío tienen más creación parada encima.

Al poco, el cielo pacífico se atruena con el estallido de los cohetes, la queja sorda de los tambores y la risa de las campanas. Resuena la Aldea estrepitosamente, como una bóveda rajada.

Se conmueve la mañana con un rumor de gente, buscándose y esperándose en las esquinas. Pasan las Hermandades y sus cánticos se van deshaciendo como la niebla sobre los techos de las casas.

Las oleadas de romeros regolfan en un llano abierto a la claridad y a la pureza del cielo. En su centro se eleva, como un cirio de luz, una estatua de la Virgen. Los Simpecados se arremolinan a su alrededor con el apego de los sarmientos al emparrado.

Se elevan sobre el azul las palabras del sacerdote que celebra la Misa (“*Confirma, oh Dios, lo que has hecho en nosotros...*”) y las voces de los Hermanos Mayores confesando al mundo que la Virgen del Rocío es Madre de Dios, Encarnación del Verbo, Concebida sin Pecado y Asunta a los Cielos. Hay tanto recogimiento en todo que hasta el jazmín cesa en su perfume, por si es pecado.

Termina el rito con un vendaval de rezos y de “Vivas” a la Reina de la Aldea. La muchedumbre se dispersa, glorificada. Hay un milagro de

alegría en el corazón de todos y basta decir “Rocío” para que la felicidad conteste.

La Aldea reluce en azul, como un zafiro traspasado por el sol. La ermita tiene el bullicio de un jardín conquistado por la primavera. Huele a cirios y los cirios, a súplica de hombre. El gozo puebla las horas de ese domingo santo.

Lentamente, la luz cambia. Se descifra el día su disfraz de claridades. El sol anda taciturno y a los árboles se les llena el alma de oro con el sol del ocaso.

Empieza la noche a chorrear su sangre negra por los tejados, pero las calles se defienden encendiendo en cada puerta y en cada ventana una luz violenta, inusitada. Resbala en el aire una impaciencia, como de flor esperando el agua de mayo.

Al poco, la Aldea se llena de rezos y los Simpecados de todas las Hermandades se hacen cuentas preciosas de un Rosario inmenso. Hilan todos los labios una misma alabanza a la Madre de Dios : “*Bendita tú eres, entre todas las mujeres*”. Cuando la procesión se disuelve, todo se queda en un añil impaciente, como de jacinto angustiado.

Desespera la lentitud con que se desteje el tiempo. De pronto, se oye el estruendo de las campanas del Santuario. Se espantan las palomas en un gozoso estrépito y los techos de la ermita se glorifican de alas y de arrullos. Como por contagio, trepidan las calles de voces, de mugidos, de relinchos... Vuela el polvo. Se esparce en todo un olor denso a alegría incontenible. La noche queda viva y clara.

Traspasa el dintel del Santuario el paso de plata con las imágenes benditas de la Virgen y su Niño y todos se las quedan mirando fijamente : al Niño, se le adivina en la cara que, de hombre, debió tener el ímpetu, el fervor, la luz, el embelesamiento y las melancólicas postraciones del Elegido; a la Madre, se le descubre la contenida ansia, el miedo al gozo, el resignado silencio y las sombra trabajada de quien conoce la predestinación terrible que le estaba reservada a ese niño sonriente que abraza.

Una mujer la mira, trata de gritar lo que le viene de más abajo de la sangre, pero se le queda la voz trabada en la garganta. Habría que consolarla :

- No te angusties, mujer. La frustración del lenguaje no está en querer decir "amor" y que la lengua no llegue; está en tener lengua y no llegar al amor. No te aflijas porque la voz se te niegue : las palabras que están reservadas al corazón no tienen sonido, las retiene un nudo en la garganta y sólo con los ojos se pueden decir; y esa que tú quieres pronunciar es una de ellas. Vete, si no, a la ermita. Verás que ningún hermano rociero habla ante la reja, sólo mira y mira y mira a la Reina de Cielo, embebido en aquellos ojos suyos que son un abismo de alegría, de luz y de cuidados. No te esfuerces en hablar. Abandona blandamente tus ojos en los de Ella y sólo mírala, que Ella te oye....

Poco a poco, una luz recogida va llenándolo todo. Crece la claridad sin perder su misterio. Unos dedos de luz rasgan el cielo y, enseguida, brilla la mañana con una lozanía de flor. Se siente el tiempo tierno, como de rosas acabadas de cortar, preso y perfumado como ellas.

Sigue la procesión en la calle y la aldea entera va recogiendo la gracia de los ojos de la Virgen. Una hebra de sol tibio, recién nacido, acude a sus manos y en ellas se deshace en un pálido llamear de oro.

Las andas sobre las que la llevan avanzan en un milagro de equilibrio. Cuando parece que van a caerse, se yerguen, de pronto, en una vertical dulzura, como un mástil de miel acariciando al cielo. La gente se abre a su paso. Los que cargan aquel tesoro de fe van como transidos : blancos de la fatiga; los ojos brillantes; la boca trémula; las manos agarrotadas en las varas... Anda la Virgen muy despacito y va sembrando en la muchedumbre una emoción de gozo.

Al rato, las calles han alcanzado una claridad de patio cernido por una luz de pomelo y recogen a miles de corazones, tan apretados, que se oyen unos a otros. La mejilla tierna de la mañana ha terminado ya de sonrojarse con el calor de tanto amor por la Virgen.

Llega la procesión a una calle que a mí me parece más ancha, luminosa y clara que las demás. Se aspira en todo una devoción resuelta en morado, y no se ve pecho que no tenga reflejos de violeta trémula y abierta, de lirio hilado...

El paso interrumpe su marcha ante la casa preferida de la Virgen. Es grande, blanca, sencilla,alzada hacia el azul y reposada en la alegría de quienes la tienen como un regazo de la Gloria. Se corona con una lírica flor

de espadaña, que recoge a una campana doblada en una melodía transparente desde que sintió la presencia de la Virgen en el abismo de su alma de bronce.

Los campaniles vecinos contestan con el mismo canto alborozado y la aldea queda escanciada de tañidos que se funden de júbilo con el aire.

Delante de la casa, la multitud cruje. Los sombreros, los trajes, las flores perfumando el pelo... No hay nadie que no se haya arreglado, para La Estrella de la Mañana de Almonte, con lo mejor que tiene.

Todos tratan de tocar su manto, pero quien se ha afanado más no lleva galas, sino ropa de peregrino. Todo en él tiene un aspecto de pobreza santa. Ha sido sólo rozar aquella tela y se le ha llenado la cara del color de los panales, como si se le hubiera comunicado a toda la piel la grandeza dulce de la Virgen.

Se vuelve entonces el paso y se le pone de frente. Él se queda mirando, absorto, aquella cara de cansada belleza; se percibe que está saboreando la lenta dulzura que pueden tener los minutos cuando uno se está se bebiendo el cielo. Deja sus ojos sujetos a aquellas facciones atrapadas en un rostrillo de oro y se le escapan palabras, como alondras enamoradas :

- *¿Quién te ha puesto, Madre Mía, esa joya en el perfil de tu cara. De qué te sirve, si no hay belleza mayor en el mundo que un rizo de tu pelo... Que la sombra de un rizo de tu pelo?. Aquí me tienes, Rocío, mirándote a los ojos cara a cara. Perdóname la ingratitud de que esté sintiendo la tristeza del recuerdo de quienes han faltado este año. Si verte hace que el mundo se apague y que se despierten todos los gozos, ¿cómo puedo echar de menos a nadie?. ¿Será que el sino de la vida es lo incompleto y que el hombre no puede ser feliz del todo?... Aunque ya noto tu milagro. Ahora mismo estoy sintiendo sus ausencias aquí a mi lado. Es como si todos estuvieran conmigo, diciéndote con mi voz lo que yo quiero decirte : que Tú has sido para mí desde el instante en que mis ojos te encontraron, la contemplada, la eternamente contemplada; que desde aquel día de Febrero que Tú sabes en que, siendo muy niño, mis padres me presentaron a tu mirada, ando ajeno a todo, estoy entregado a tu cara como el ciego a la mano, sintiendo Tu claridad hasta con los ojos cerrados; que ando, Madre, infinitamente*

*apegado a Ti, infinitamente dependiente de Ti, infinitamente
EnTimismado...”*

El paseo de la Virgen por las calles sigue y todas las miradas descansan en la suya. Ni silencios de amargura ni presentimientos tristes, todo es alegría y alabanza de sus dones. “*Eres la Madre de Dios, la Llena de Gracia*”, le gritan los romeros.

De pronto, todos sienten una pesadumbre inmensa, como si les hubieran robado un crepúsculo de los ojos, una dulzura dormida en la garganta o la última ternura del corazón. No hay nadie que no se venza de desconsuelo al ver que la Virgen se pierde tras el dintel de la puerta. Sólo la ermita se alegra y saluda a la que es Consuelo de los Afligidos exaltando el perfume de las flores y tañendo sus campanas para hacer volar de gozo a las palomas.

La muchedumbre se vuelve y se ondula, igual que un campo tierno con vendaval. Los romeros se van retrayendo del llano de la ermita. Regresan a sus casas adolecidos, mientras el sol carmesí lo ilumina todo, como un ascua inmensa esparcida dulcemente sobre la Aldea.

Al poco, se oye gemir a la arboleda; corre, rauda y afilada, la luna, deshilando nubes. La pesadumbre extiende su manto oscuro sobre los corazones y en todas las casas hay un afán melancólico de recogida.

EL CAMINO DE VUELTA

Las horas se han desenvuelto en un cansancio triste. Empieza a desangrarse de claridad el sol y la procesión inicia la vuelta. Las tórtolas vuelan en busca de la abundancia de la llanura y parecen llagas vivas del cielo.

La procesión se para y se reza el *Angelus*. Los mulos andan nerviosos porque no se encuentran la sombra. Se les dibuja, al fin, en el suelo - aunque es sombra apenas - pegándose a sus patas. Con las horas, esa sombra se les va afilando y cuando el sol poniente tiñe sus lomos de púrpura, se hace definitivamente triste y larga... Hasta con las sombras juega afligido el día en el camino de vuelta.

Se deshace el camino andado : todos vuelven a pisar - porque siguen igual de inadvertidas - la flores humildes del Coto; se fatigan las mismas rayas; las candelas persisten en sus miedos y los pájaros en sus querencias; se repite el rito emocionado de la Pascua; se cruza otra vez el río; en las calles de Sanlúcar sigue esparcido aquel eco que llevaba escrito en su boca de niebla “*Viva la Madre de Dios*”; las viñas tienen la melancolía de un poema cantando el crepúsculo...

Cuando empieza a descolgarse el sol del cielo, como una rodela ensangrentada, aparecen los contornos de Jerez, pacíficos y perfilados de oro viejo.

La procesión se va acercando a la gruta que cobija a la Virgen de Lourdes, en la Capilla del Calvario. Un romero se adelanta hasta la carreta del Simpecado y recoge tres flores. Sólo tres. Las deposita a los pies de la imagen y permanece absorto ante ella, asombrado de cómo una piedra inerte, inerte, puede despertar en un hombre algo tan vivo y tan cálido como lo que le habita en ese momento el pecho.

Vuelve a mirarla y se le traspasa a la piel el frío de aquellos ojos despojados de pupilas vivas. Su razón le recuerda : “*eso que tanto te conmueve es sólo piedra*”, pero él se queda mirando las llamitas que pueblan su base – flores temblorosas de angustias y de gozos – y descifra el misterio de las estatuas : toda estatua es piedra trascendida, que no pide encarnadura, pero sí voz para alzarse y pronunciarse :

No sé quién eligió de entre las piedras
la roca viva de mi cuerpo;
ni quién dispuso qué lajas velaban
la imagen que ahora represento.

Carne soy de la piedra
- como la bóveda o el arco -
pero mi cielo no es el suyo,
el mío está más alto.

Piedra me siento cuando el sol me quema
o diciembre en mis pies es sólo escarcha,
cuando canto la cólera del viento
o la furia de luz de la mañana.

Pero me siento más que piedra pura
al oír esa voz angustiada
que me pide amparo, remedio,
salud o un poco de esperanza.

Comprended, hombres, mi ansiedad :
si soy mera piedra tallada
¿por qué entonces os siento
con algo que parece un alma?

Se adentra la procesión por las calles. La quejumbre de hierro de las
ruedas del Simpecado saca del recogimiento de los árboles a los pájaros
adormecidos y todo se llena de un trinar glorioso. En la cúpula de la iglesia
de La Victoria empiezan a congelarse gotas de la luna primeriza.

Se camina lentamente por la Por- Vera. Los romeros llevan en la
boca palabras de una melancolía infinita y los mulos andan cabeceando
lentamente, como galgos tristes. A *Mandro* Bernal, el Alcalde de Carretas,
se le escapan de los ojos lágrimas de pena cristalizada. Empiezan ya a tañer
las campanas cautivas y por encima de todo hay un no sé qué de
pesadumbres y añoranzas.

Dejadme que diga unas palabras de consuelo :

- *No os aflijáis, rocieros de Jerez, porque estáis llamados a ser bienaventurados, entre los bienaventurados. Vosotros que habéis dejado para ir a encontraros con la Reina de los Ángeles familia, trabajo y casa seréis bien recompensados*

en el Cielo. Si Cristo prometió a quienes, por seguirlo, dejaran a hermanos, padres, hijos, mujer, esposo y bienes, la vida eterna, ¿qué no tendrá reservado a quienes lo abandonan todo para honrar a su Madre Santa en el Rocío?.

No os dejéis envolver por la cantiga triste que llevan pegada al pico las golondrinas. Pensad en que ahora mismo falta un día menos para que llegue esa mañana gozosa en que Jerez despierte con un olor a miel templada; para que las calles trepiden de nuevo de cascotes, relinchos y de voces humanas y para que las palomas de Santo Domingo vuelvan a arrullarse, desoladas, al advertir que, aunque está su nombre en la boca de todos, sigue sin ser para ellas esa fiesta que hace con los corazones lo que abril con los almendros...